

TEMA MONOGRÀFIC
El feminisme de les més joves /
El feminismo de las más jóvenes

Me gustaría empezar mi ponencia citando el libro de María Zambrano *Claros del bosque*: “El claro del bosque es un centro en el que no siempre es posible entrar; desde la linde se le mira y el aparecer de algunas huellas de animales no ayuda a dar ese paso. Es otro reino que un alma habita y guarda. Algún pájaro avisa y llama a ir hasta donde vaya marcando su voz. Y se la obedece; luego no se encuentra nada, nada que no sea un lugar intacto que parece haberse abierto en ese solo instante y que nunca más se dará así. No hay que buscarlo. Es la lección inmediata de los claros del bosque: no hay que ir a buscarlos, ni tampoco a buscar nada de ellos. Nada determinado, prefigurado, consabido”.¹

El tema general de esta ponencia, y de las otras dos de mis compañeras, es cómo vivimos nosotras el feminismo en nuestro presente, como mujeres jóvenes. A mí, lo que primero me viene a la cabeza al pensar en eso es un claro del bosque. Cada mujer va encontrando varios a lo largo de su vida, y en esos claros, es donde yo situaría el feminismo, al menos el mío. El claro de una mujer es diferente del de la otra, porque como dice María Zambrano, a veces se abren en un solo instante y nunca más se vuelven a dar igual, de ahí que me parezca que hay que hablar de feminismos, uno propio e inimitable de cada mujer, no de un feminismo general. Para encontrar esos lugares de libertad femenina, en los que desatarse de las ligaduras del simbólico patriarcal y de otros simbólicos que no son el nuestro verdadero, hay que buscar hacia el interior, porque si se busca fuera lo que ya se tiene al nacer, irremediablemente habrá confusión y sufrimiento.

Para poder explicar lo que yo siento que es el feminismo, lo primero que tendría que hacer sería desvincularme de todo lo que no forma parte de mí. Con esto quiero decir que me tendría que deshacer de aquello que nunca conformó mi ser primigenio y también de lo que no he experimentado de manera directa o indirecta a lo largo de mi vida. Creo sinceramente que la sabiduría de la vida surge al vincular la experiencia que vivimos en el

exterior con lo que ya teníamos de manera innata en el interior, surgiendo un todo nuestro, que ponemos en relación con lo otro en nuestro día a día. Si lo nuevo que llega no se vincula al ser y tampoco se vive en primera persona, es muy difícil que pueda ser comprendido en su totalidad, aunque siempre haya un lugar en el alma humana para la empatía y la solidaridad.

Pienso que lo que es ajeno a mi ser mujer —lo que yo no pueda comprender en su totalidad— no podría formar parte de mi feminismo, ese que es íntimo y profundo. Por eso me parece importante tener en cuenta que cada mujer tiene un feminismo propio, único, que puede diferir del de otra sin que por ello lo primordial que compartimos se vea merma-do, ya que cada mujer tiene en común una raíz con todas las demás por el simple hecho de ser mujer. Este feminismo de cada una es particular, pero también es absoluto en su esencia, y existe más allá de las etiquetas, del “yo soy de la igualdad y tú de la diferencia”, porque en sí mismo es algo trascendente, que trasciende de lo que no es a lo que es.

Como no me resulta sencillo enumerar lo que forma parte de mi feminismo personal, empezaré por decir lo que no forma parte de él. En mi feminismo creo que no hay lugar para la reivindicación, aunque esta haya sido o pueda ser una herramienta absolutamente necesaria para alguna o muchas mujeres en determinados momentos de la historia. Ni que decir que me siento en deuda con muchas de las mujeres que han trabajado por la reivindicación, pues a ellas les debo bastantes de los puentes que van hacia mi libertad femenina actual. Pero al mismo tiempo pienso que ya no queda mucho que reivindicar en el simbólico occidental y sí mucho que re-descubrir en otros confines, porque como dijeron las mujeres de la Librería de Milán “la libertad femenina no llega solo por necesidad histórica, sino porque se favorece su llegada”.²

En mi feminismo tampoco hay lugar para la ideología, porque todo lo que no hayamos creado nosotras a partir de nuestra creatividad interior se nos caerá de las manos en más de un momento importante de nuestra vida; a mí me parece que los

discursos preconstruidos matan la creatividad. Decía Jiddi Krishnamurti, en el libro *La libertad primera y última*, que una de las grandes dificultades de la sociedad moderna venía precisamente de la pérdida del sentido de creatividad:

“La creatividad no consiste en pintar cuadros o escribir poemas, eso no es creatividad, es una simple capacidad de expresar una idea que el público aplaude o desdeña, no debemos confundir la capacidad con la creatividad. La creatividad es un estado del ser muy diferente, es un estado en el que el “yo” está ausente [...]. La creatividad no es un estado continuo, es nueva de instante en instante. Solo cuando el “yo” no existe puede haber creatividad, y únicamente en ese estado la realidad puede manifestarse [...]. No obstante ese estado no puede ser formulado ni copiado, no puede alcanzarse por ningún sistema, ninguna filosofía, ninguna disciplina, ninguna teoría, todo lo contrario, surge tan solo a través de la comprensión del proceso total de uno mismo”.³

Añadiría además que las ideologías siempre han sido creadas por otros; otros que no han vivido en su carne lo que es la experiencia femenina. Y por último diré que no hay lugar para la teoría, porque las teorías abstraen y se quieren universales, pero no sirven para todas y cada una de las mujeres; se quedan cortas a la hora de explicar lo que Diana Sartori⁴ llama la función tácita de la vida: todo aquello que sabemos que existe pero que no podemos —ni en ocasiones deseamos— decir con palabras, porque debido a su trascendencia se escapa incluso del lenguaje.

Por lo tanto, si ni la reivindicación, ni la ideología, ni la teoría forman parte de mi feminismo ¿qué lo forma? Me viene a la cabeza en este momento Emily Dickinson, que decía en uno de sus poemas: “Que el amor es todo lo que hay/ es todo lo que sabemos del amor”.⁵ El feminismo tiene mucho que ver con el amor, porque es todo lo que hay, pero ¿cómo hablar de amor en la actualidad sin parecer cursi, después de que esa palabra haya sido tan mal usada a lo largo del tiempo? Algunas de mis amigas y conocidas que están interesadas

en el feminismo, me han comentado que a veces les parece que ciertas feministas de la diferencia (y también de la no diferencia) recurren a una especie de edulcoración de la realidad en sus discursos. Creen que estas mujeres hablan de los cuidados y del amor de una manera idealizada, cuando es verdad que los cuidados y el amor tienen también mucho de terrible. A mí me parece que esto que ellas ven es algo muy minoritario, aunque alguna vez sí lo he sentido, como si se dijera un discurso construido por otra que de tanto repetirse ha acabado por sonar preconstruido. De todas formas defienden fervientemente la idea de que se puede hablar del amor, de la feminidad, de la valoración de los cuidados y del poner en palabras el espíritu sin recurrir a la edulcoración, de hecho muchas feministas lo llevan a la práctica a diario.

Al mismo tiempo he podido intuir que las chicas cercanas al movimiento *queer* no se han sentido nada atraídas por esa forma idealizada de entender el feminismo; han querido tomar un camino opuesto, por el que han sentido curiosidad bastantes jóvenes. Me gustaría aclarar que los opuestos, y más si lo son de cosas que no siento verdaderas, no son para mí el camino acertado. Sería bueno que desde el feminismo de las más jóvenes aprendiéramos a hablar del amor y los cuidados sin caer en la edulcoración, pero sin caer tampoco en lo agresivo o la trasgresión vacua, optando por un camino inédito, no creado desde un opuesto. Una manera de hacerlo sería a través del humor; utilizar más a menudo el humor en el feminismo, porque la ironía no degrada la gravedad de lo que se quiere decir, y al mismo tiempo sí puede aligerar el contenido.

Hay otra cosa además que no me termina de llegar que forma parte de algunos tipos de feminismo que practican las chicas de mi edad o más jóvenes. Es algo que he observado en asociaciones de mujeres de izquierda, en espacios *queer*, en algunos de los movimientos sociales, etc. Sé que son formas de hacer diferentes unas de otras y no es mi intención meterlas en el mismo saco, pero sí veo ciertas cosas que tienen en común con las que no enganchan. Hay como un afán de ser “moderna”, de inventar siempre cosas nuevas que sean

transgresoras, cuando para mí muchas veces lo más original está en lo que decían y hacían algunas de las monjas de la alta Edad Media, no en lo que se dice ahora. La trasgresión no me dice nada, pues lo que me pide el cuerpo a mí es volver al origen, a la sencillez, no inventar cosas nuevas —que no son en realidad tan nuevas— que parten de algo que no nos gusta.

La militancia tampoco me termina de llegar, sobre todo la idea de tomar el espacio público para reivindicar o quejarse de situaciones injustas. En alguna ocasión he sentido como si desde la militancia se fomentara el uso de cierta violencia, sobre todo a la hora de defenderse de la violencia masculina, lo cual puede tener sentido en un primer momento, pero al final la idea de intentar erradicar un tipo de violencia con otra se me acaba cayendo de las manos; sería una paradoja poder acabar con algo utilizando precisamente ese algo.

Me viene a la mente en relación a esto el cartel que Juventud Comunista difundió el 25 de noviembre. Las palabras del cartel decían: “Frente a la violencia machista auto-defensa feminista, si nos agreden habrá respuesta”. Este eslogan acompañaba la foto de una mujer con una expresión de rabia que transmitía una violencia considerable. En un principio me pareció bien, lo de responder agresivamente si nos agreden, pero luego me di cuenta de que la violencia, aunque sea como defensa, puede generar más violencia, por lo que no se resolvería el conflicto original. No se trata de poner la otra mejilla, ni mucho menos, pero creo que existen maneras de defenderse sin que haga falta utilizar la violencia, y si no existen las suficientes siempre las mujeres libres podrán inventar unas nuevas.

No siento además que haya que tomar la calle ni el espacio; si los hombres lo han invadido históricamente no me parece que la solución sea que nosotras hagamos lo mismo. Cada ser humano tiene un espacio vital que lo envuelve, como una pequeña aura luminiscente, y no hay que invadir nada que vaya más allá de ella. Las calles, el campo, los lugares, el cielo, pertenecen en realidad a la madre naturaleza, al

universo, ni a los hombres ni a las mujeres, y no creo que se vayan a conseguir cosas verdaderas en el mundo occidental actual por la vía de la invasión del espacio, pues pienso que eso sería una imitación de antiguas formas de hacer masculinas que últimamente parecen no dar resultado. Aún así, estoy agradecida con todas las feministas que históricamente han militado en los espacios públicos y que han conseguido cosas buenas para todas las demás; solo pienso que en este momento hay que inventar otras formas nuevas que partan de la creatividad femenina, no de la masculina.

Volviendo al tema del amor, podría decir que el feminismo es una forma de este; al menos una de sus semillas primigenias. Amor a tu ser mujer, a tu cuerpo, a tu alma femenina, amor a las demás mujeres, y también amor al mundo, a los hombres y a todos los demás seres que lo comparten con nosotras. Pero el feminismo no es solo amor —y eso que el amor lo es todo—, es amor y algunas cosas más que se inspiran en él. Y ahí es cuando entra en escena la libertad femenina, la otra gran semilla del feminismo. Esta no es otra cosa que el redescubrimiento íntimo de que cada una de nosotras ha nacido libre, libre porque nuestra madre nos regaló la vida y la libertad.

Una vez que la madre nos pone en el mundo nada ni nadie nos concede la libertad —ni los derechos, ni las leyes— porque en realidad ya nacemos con ella. Esa libertad regalada la mayoría de las veces la ponemos en juego a través de la relación con lo otro, por lo que es casi siempre relacional; nacemos libres, pero sin la relación con la madre moriríamos de hambre o frío a las pocas horas, por eso nacemos también dependientes, dependientes de la relación. Nos han hecho creer a los seres humanos, especialmente a las mujeres, que nacemos sin libertad, para que estemos contentas cuando los y las patriarcas nos digan que nos la van a ir concediendo en pequeñas dosis a través de la política del poder.

Una parte vital del feminismo es darse cuenta de que las mujeres (y los hombres) le debemos la libertad a nuestra madre y de que podemos conservar esa libertad para toda la vida, si

sabemos mantenernos en lo que es, dejando caer lo que no es. Sin embargo, aunque la libertad en sí misma pueda ser eterna y absoluta, en mi día a día noto que la mía no lo es, no es ininterrumpida, es una libertad “a ráfagas”, unas veces me acompaña y otras no, y lo noto también en muchas de las mujeres con las que me relaciono. Imagino que llegar a la libertad eterna es algo muy complicado, debido a todo lo no verdadero que nos inculcan desde fuera a partir de que llegamos al mundo, pero me consta que existe y que es algo que solo unas afortunadas y afortunados han podido experimentar.

En directa relación con la libertad femenina, formando parte de ella, se encuentra la libertad sexual de las mujeres. Para mí es muy importante hablar de este tema, sobre todo en relación a las mujeres jóvenes de mi generación. Sabemos que aquella revolución sexual de los 70 se dio a medias, y que gran parte de su simbólico fue imitado del masculino, porque se dio por hecho que los hombres eran libres. Pensar que la promiscuidad te convertirá automáticamente en una mujer “liberada” es algo que todavía sigue vigente en la actualidad, y esto me parece preocupante.

La cuestión no es vilipendiar a las mujeres que sean más activas sexualmente, ni tampoco criticar a las que son más pudorosas; es librarnos de todo simbólico patriarcal, para redescubrir cada una cómo deseamos vivir nuestra sexualidad partiendo desde nuestro ser preexistente, desde nuestra libertad femenina primigenia. Y esto, a pesar de todas las libertades y derechos ganados en relación a la sexualidad, me parece a mí que no ocurre muy a menudo, al menos no entre las mujeres de mi edad. Hemos pasado del que todo era pecado, al que si no eres una moderna promiscua eres una amargada pasada de moda. Como he mencionado antes, no me parece que el camino se deba comenzar partiendo de un opuesto, y menos si ese opuesto se creó en un origen de represión católica. La libertad sexual femenina es de una importancia esencial, dar por hecho que te acompaña por haber “superado” la represión católica (u otros tipos de represión) es en mi opinión una de las lacras de las mujeres de mi generación.

Hablando con mi amiga Ana Mañeru llegamos a la conclusión de que cada generación de mujeres suele compartir algo así como un tope de simbólico. Este tope no es irreparable ni definitivo, se puede saltar por encima de él si se tiene intuición para la libertad. En la generación de Ana —ahora tiene 63 años— una de sus principales preocupaciones fue la emancipación económica del hombre. Cuando lo consiguieron algunas se estancaron en esa idea, no vieron que hay maneras diferentes que pueden ser también válidas, incluso más libres. La independencia verdadera no es la económica, sino la simbólica. Puedes tener un sueldo que te mantenga a ti misma y al mismo tiempo depender de un patriarca en lo simbólico. Y sin embargo, yo, que dependo económicamente de mi abuela, simbólicamente creo que puedo decir que no dependo de ningún hombre.

Cuando le dije a Ana que mi amiga María iba a dejar una beca para descansar y quedarse embarazada, no lo entendió, y eso que Ana es una persona capaz de encontrar claros del bosque en los lugares más sorprendentes. Para ella era impensable que una mujer formada —universitariamente hablando— dejara un trabajo remunerado porque sí, pasando a “depender” económicamente de su pareja masculina. Ana no vio en ese momento que lo que hizo María fue un acto de libertad, pues para ella no había dependencia negativa hacia su pareja, ya que ella aportaba cosas vitales de las que él también dependía (las más vitales posibles, más incluso que un sueldo). Los seres humanos dependemos desde que nacemos, la dependencia no tiene que ser interpretada como un menos, siempre que esta conviva en armonía con la libertad de la persona.

Mi generación —y la anterior a la mía— se ha preocupado en exceso sobre la sexualidad y la represión de esta, ya que nuestras madres y abuelas la vivieron en muchos momentos a lo largo del siglo XX. Algunas de mis amigas y conocidas, a estas alturas del siglo XXI, creen que si no tienen un orgasmo vaginal son en parte frías, ya que les parece que les falta un orgasmo, aceptando sin discutirlo que haya dos y que ese sea de hecho “el más importante”, aunque no lo hayan experimentado nunca. Otras han optado por la promiscuidad, cosa que no

tiene por qué ser negativa si se hace desde la libertad, pero en alguna ocasión me he cruzado con mujeres que han optado por ese camino para intentar demostrar algo, o para buscar un tipo de reconocimiento o atención, que a la larga no les ha aportado felicidad. Y está el caso de las chicas que se quedan embarazadas sin desearlo, con todos los medios anticonceptivos que hay para evitar el embarazo, arriesgándose a un coito sin protección, en ocasiones para satisfacer el simbólico sexual de sus compañeros. He observado que para todas ellas es muy complicado explicar por qué actúan de esta manera, quizá sea porque hay una falta de simbólico en torno a este tema.

Yo me he visto en alguna de esas situaciones, y como me he visto a mí misma, me doy cuenta de lo mucho que nos queda a las mujeres de mi generación por ahondar en esto de la libertad sexual femenina, la que es verdadera para cada una. De todas formas no seré yo la que enseñe a las demás lo que es la libertad sexual femenina, porque primero la tengo que poner en práctica yo misma todos los días de mi vida, y todavía me queda mucho por redescubrir. Aunque ya empiezo a reconocer lo que para mí no lo es: la pornografía, la prostitución, la mercantilización de la sexualidad, etc.

Transgredir en sexualidad, proponer algo nuevo, no me parece que tenga que ver con las nuevas formas de porno, o con la manera eufemística de tratar la prostitución; para mí transgredir sería no hacer simbólico confrontando con lo errado (las represión sexual), sino creando el nuestro propio a partir de lo que nos diga el alma y nos pida nuestro cuerpo de mujer. Y aun así, lo que no es libertad para mí sí puede serlo para otra si es desde su libertad, siempre que venga desde de su claro del bosque, en donde los simbólicos ajenos nunca pudieron entrar. Aun así nos queda mucho por reconocer, por hablar, por resimbolizar, y a lo mejor no seremos capaces las mujeres de mi generación de alcanzar una libertad total en este aspecto; nos quedaremos quizá en las ráfagas, pues puede que la libertad sexual sea nuestro tope de simbólico y tengan que ser las chicas de las generaciones venideras las que nos traigan la luz y la creatividad necesarias.

Otra de las cosas que me preocupa es la mercantilización del feminismo. He podido observar desde mi experiencia cómo el feminismo muere cada vez que las mujeres se sumergen en él para ganar grandes cantidades de dinero o para ascender en la escala del poder. Algo de esto he visto alguna vez entre las mujeres de mi generación, aunque también entre mujeres más mayores. El feminismo es apasionante, es normal que muchas chicas quieran dedicarse a él por entero, y de paso ganar dinero para poder vivir, eso me parece muy lícito, pero a veces las personas no se conforman con un trabajo que dé para vivir, pretenden acumular poder, y con el poder, más dinero.

Para que el feminismo no muera hay que encontrar la manera de compartir nuestra sabiduría femenina sin que la meta sea alcanzar dinero o poder. La clave no es el dinero en sí, pues ya he dicho que vivir del feminismo puede ser muy lícito —para organizar espacios como este mismo Seminario se necesita de él; la clave sería no cobrar de manera desmesurada a las mujeres con las que vas a compartir tu sabiduría, ni recibir cuantiosas subvenciones con las que harás de todo menos feminismo. Hay mil maneras de llevar a cabo proyectos feministas que nos permitan vivir de nuestra pasión y que al mismo tiempo nos den la oportunidad de compartir nuestra sabiduría de manera generosa con las demás, ganando nosotras y ganando ellas. Si haces del feminismo una empresa, una entidad, una asociación, lo que sea, con el único fin de escalar social y económicamente, algo a la larga se corromperá, porque el feminismo es en parte como la maternidad, se tiene que dar y compartir de manera generosa para que llegue de verdad a las personas.

La cuestión masculina es un tema importante del que no me puedo olvidar, porque somos dos sexos que compartimos el mundo y tenemos que convivir y relacionarnos. Es un tema que me preocupa, pues veo un grado importante de misoginia en hombres de mi edad que supuestamente son considerados de izquierdas, modernos, e incluso, “feministas”. Creo que esta misoginia ha aflorado por dos causas principales. Una es que el patriarcado ha muerto (esta idea se la debo a Clara Jourdan, que me iluminó en su clase del master onli-

ne), y como ha muerto, ya no existe ese manto protector que ocultaba su miedo a las mujeres, de ahí que esa misoginia profunda salga a la luz. Otra es que el discurso de la igualdad les ha sacado de quicio, pues en parte también anula su diferencia masculina y el más que ellos pueden aportar al mundo.

Con esto no quiero decir que esos hombres sean unos “pobrecitos” que tienen que aguantar las políticas de igualdad —estas han traído consigo muchas cosas justas que las mujeres merecemos—, sino que a ellos también les ha llegado el momento de redescubrir su diferencia sexual masculina, ya que el simbólico machista y el de la igualdad han tocado también techo en algunos. Lo que peor llevan estos chicos de mi generación es la libertad sexual de las mujeres. Se pueden mostrar comprensivos con el tema del aborto, con las injusticias que sufren las mujeres en el mundo (como la ablación, el no derecho al voto, etc.), incluso con la sexualidad femenina a nivel de conversación superficial, pero en la profundidad la cosa cambia radicalmente. Cuando les tocas el tema de la verdadera libertad sexual femenina —aquella que puede ir más allá del coitocentrismo, del falocentrismo, de la mera genitalidad o de la falta de espíritu— sacan esa misoginia en todo su esplendor, a veces de manera sutil y otras de manera violenta.

Después de algún intento, he de decir que no pienso perder mi tiempo en hacerles comprender la libertad sexual femenina (bastante tengo yo con entender la mía), que busquen ellos la libertad suya, la masculina, y cuando la encuentren, puede que entiendan y respeten la nuestra de repente, sin más. Mientras tanto nos tocará lidiar con esa falta de entendimiento de la libertad femenina, como hizo Santa Teresa de Jesús con la Inquisición. Ni que decir que ella escribió al fin y al cabo lo que le dio la gana; nosotras debemos hacer igual. No me refiero a que tengamos que poner barreras entre nosotras y ellos, sería más bien lo contrario... Lo ideal significaría poder estar en relación profunda con los hombres, pero sin esperar milagros, aceptando la problemática de la alteridad de la diferencia, sorteando las divergencias irreparables, sin pretender que la complementariedad absoluta aparezca, pues esta no existe en verdad en la diferencia sexual.

Quisiera terminar este escrito como lo he comenzado, hablando de los claros del bosque. El catalejo que nos permite a las mujeres ver más allá de los árboles es la libertad femenina, y esta, aunque nos acompaña de forma innata al nacer, puede ser olvidada, siendo manipulada por simbólicos ajenos. Y ahí es donde se nos aparecen los claros del bosque, en el momento en el que nos dejamos llevar desde nuestro interior hacia ellos, de forma fortuita. Y allí, entre los tréboles y las abejas, encontraremos lo que es, la libertad primera y última, aquella de la que han hablado tantas sabias y sabios a lo largo de los tiempos. El feminismo es uno de esos claros y al mismo tiempo puede ser uno de los medios que nos lleve de la mano hacia ellos.

Pero no basta con darse cuenta de esto, lo fetén sería llevarlo a la práctica, a nuestra vida, aunque en este mundo actual, tan errado en tantas cosas importantes, resulta muy complicado de hacer. Yo todavía no lo he conseguido, ni de lejos, pero me consta que otras mujeres sí, así que al menos sabemos que es posible.

Recepción del artículo: 28 de junio de 2012. Aceptación: 10 de julio de 2012.

Palabras clave: Feminismo de las jóvenes — Libertad femenina — Diferencia sexual.

Keywords: The feminism of younger women — Female freedom — Sexual difference.

notas:

¹ María Zambrano, *Claros del bosque*, Barcelona: Seix Barral, 1977, p. 11.

² Librería de Mujeres de Milán, *No creas tener derechos*, Madrid: Horas y horas, 1991, p. 200.

³ Jiddu Krishnamurti, *La libertad primera y última*, Barcelona: Cairós, 2011, p. 54.

⁴ Diana Sartori, "Intermedio", en *Diotima, El Perfume de la maestra*, Barcelona: Icaria Antrazyt.

⁵ Ana Mañeru Méndez, *Emily Dickinson*, Madrid: Ediciones del Orto, 2002, p. 87.